

# Una elegía a la sombra del mar

ARTURO MACCANTI

**Y**a niños yendo, ya hombres regresando y muriendo, desde mucho tiempo antes de nacer y para después de nuestra muerte, nuestros paisajes continuos y contiguos siempre fueron esos

*deslumbradores cielos, ennegadores mares.*

Tenemos que confesarlo. La Poesía nos duele maravillosamente, nos hierde con una lanza conturbadora, cuando nos encontramos, con un libro como este de Manuel Padorno. Nunca —creo— estuvo el mar en mejores manos ni en taller más hermoso, que en las manos y el alma de este poeta nuestro.

Ha sido larga la paciencia hasta tener este ramo de versos ante los ojos. Tan larga, que hubo meses y meses de aquí para allá, días y días de silencio, de soledad, nacimientos y muertes, hasta el olvido. Pero un día se termina para dejar paso a otro, a otro día que nos trajo, ya en la luz del otoño, *A la sombra del mar*.

Para muchos el mar es una fábula azul, un cuento de hadas, una canción de marineros lejanos. Para nosotros, isleños por la gracia de Dios, el mar adquiere su cabal dimensión, su realidad preciosa, lo que únicamente queremos que sea: él mismo, y sin más, nuestro paño de lágrimas ahora, nuestro motivo de cólera mañana, libertad y servidumbre. No sé quién dijo que lo más próximo que tiene el hombre es él mismo, pero en el hombre de islas no ocurre esto, porque en él hay algo más cercano todavía, que se sitúa en el primer término de su propia personalidad: el mar inmediato, inexorable. Nacemos, vivimos y morimos siempre “a la sombra del mar”. Vayamos adonde vayamos, allí él. Siempre con su pupila vigilante, sus enormes tentáculos, su imponente presencia.

*El mar mi casa, muro  
blanco por donde bajo a las orillas*

Y es que tenemos vocación de barranco. Compostura, ademán, gesto de río. Nos puebla el aire, la luz, nada palpable. Pero si un día llueve del cielo algo: el agua o los poemas, no hacemos muralla ni dique ni sujetamos lo imprevisto recién llegado. Dejamos que se nos vaya todo a él, al mar. En él ponemos, tras la fiera sequía, lo que tanto esperábamos. Así se nos ha vuelto el alma cóncava dejando pasar tantas cosas, rodar tantas tristezas, deslizarse nuestros más hondos sueños. No todo se lo traga la tierra, pero el mar sí. Hasta nos endurece el alma deslumbrada con su salitre constante.

Caminamos cerca de él. Lo sabemos y lo sentimos vivo, enemigo rugiente, compañero amoroso, altivo, sosegado, noche y día, obsesionándonos, saqueándonos la alegría, su débil ciudadela. Nunca como Ungaretti:

*Morto è anche, vedi, il mare.  
Il mare.*

porque para nosotros el mar no es un objeto únicamente bello, lejanamente poetizable, blanco de vanos esteticismos. No. Aún está por amanecer el día en que lo creamos muerto, precisa-

mente porque sabemos que es algo más que un concepto. Es algo de nosotros mismos, acaso nuestra razón de ser.

Nuestras voces más puras han salido del mar. Ahí Alonso. Aquí Saulo Torón. Nuestra poesía dejó la música sinfónica con ellos. Se hizo terrenal, se hizo sangre de nuestras venas y de nuestro corazón “insomne, loco, en los acantilados”. Tomás levantó el oleaje y nos hicimos sonoros los isleños. Pero vino la calma después de la tempestad, y nos volvimos íntimos, real, soberbiamente humanos. Sentados entre unas peñas, cerca del “mar humilde que duerme en la playa”, solitarios, acaso ya en el total abandono de la vida, nos hemos mirado por dentro y contemplado todo lo que el alma acumula, atesora y defiende de su asedio perpetuo.

Perdimos brillo, sí, pero ganamos permanencia. Un día cantamos desde el optimismo, tuvimos un capitán esplendoroso. El impuso la voz, los que vinieron después la afirmación. Pero cuando se fue sólo se llevó su voz, dejándonos nuestro sentimiento, nuestra soledad, nuestra existencia a-islada. Por eso hemos hallado el mundo –la isla, el mar, el cielo– intacto para nuestra angustia y para nuestra poesía.

*A la sombra del mar* no es libro para un día solo. Es libro para muchos días en contacto ferviente con nuestra verdad desentrañada, con la realidad de nuestra lucha constante. De cada poema surge un invisible “stop” que nos detiene, nos hace mirar, reflexionar, descubrirnos a nosotros mismos. Es un libro al que no se debe llegar distraídamente, ni entrar en él así como así, para salir pronto, confiados en que al pasar la última hoja hemos cerrado totalmente el libro. No. Es un largo poema sin término. Abierto queda aunque lo cerremos y dejemos en un rincón oscuro. Después de mucho tiempo, arrumbado entre muchos otros, tal vez olvidado, lo tomamos de nuevo entre las manos y nos damos cuenta de que habíamos dejado mucho pendiente por leer. Y otra vez sentimos al concluirlo la impresión de su clamor inacabable.

Es un libro...

Adelántate, Whitman, y dilo tú:

*Quien toca este libro  
toca a un hombre.*

[Publicado en *Diario de Las Palmas*  
“Cartel de las Letras y las Artes”  
Sábado, 11 de enero de 1964]

